

LAS CRÓNICAS DE FORTUNA

El secreto del trapecista



LAS CRÓNICAS DE FORTUNA

El secreto del trapeecista

JAVIER RUESCAS

Ilustraciones de Lola Rodríguez



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2015

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Javier Ruescas, 2015

© de las ilustraciones de interior y cubierta, Lola Rodríguez, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: enero de 2015

ISBN: 978-84-08-13565-4

Depósito legal: B. 24.188-2014

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España – Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1



UN TRUCO INESPERADO

El reloj de la plaza marcó las doce del mediodía y el tañido de las campanas resonó por la ciudad de piedra y pizarra. Había llegado el momento.

Kyle miró a su espalda y le hizo un gesto a Lavelle. Ella, que sostenía en alto una sábana extendida frente a la fachada de la antigua juguetería, asintió con la seriedad que requería el momento para confirmar que estaba lista.

El joven no aguardó más: se quitó la boina e hizo una elocuente reverencia.

—¡Damas y caballeros, presten atención! —exclamó con entusiasmo—. Están a punto de disfrutar de un espectáculo sin precedentes. ¡Las calles de Cadalso tienen el gusto de ofrecerles el mejor número de magia que verán nunca!

Mientras hablaba, el chico agitaba las manos como si tratara de teñir el aire a base de pinceladas. Los transeúntes: niños distraídos, hombres de gesto hosco y mujeres con prisa, se detuvieron unos instantes y olvidaron sus quehaceres, tentados por las palabras de aquel chico de mirada brillante y cabello alborotado.





—Cuentan que fue criado por lóbanos —proseguía el discurso que tantas veces había ensayado— y que ha resucitado en más de cien cuerpos distintos. Aunque normalmente actúa para la realeza, hoy lo hará frente a ustedes, ¡aquí!, en las calles de la hermosa ciudad de Cadalso. No se dejen engañar por su esmirriado aspecto; en su interior reside el alma del mago más poderoso que haya existido jamás. Él es... ¡Gunnir *el Hechicero*!

Con esas palabras, señaló a su espalda y le dio el aviso a su amiga. La sábana amarillenta voló por los aires con teatralidad y descubrió una mesa coja, un taburete bajo y a un joven de gesto solemne y pelo rubio cubierto por una chistera ajada y un chaleco que le quedaba corto.

—¡Ohhh! —exclamó el presentador para avivar la emoción del momento.

No sirvió de nada. El público alzó cejas, esbozó sonrisas petulantes y resopló con indiferencia. Alguno incluso llegó a reírse entre dientes, pero eso fue todo.

El supuesto hechicero se puso en pie, indiferente a la respuesta que había generado su aparición, se recolocó el chaleco y avanzó con la cabeza alta hasta situarse delante de la mesa. También los pantalones le quedaban cortos. A continuación, sacó una baraja de cartas del bolsillo y se las pasó de una mano a otra formando un pequeño arco en el aire.

Kyle miró a su alrededor y respiró más tranquilo. Con aquel sencillo truco, Gunnir había logrado, al menos, convencer al público para que se quedara unos minutos más.



—¿Quién será el primero en comprobar su poder?
—volvió a la carga el joven mientras el mago seguía barajando las cartas con agilidad—. ¿Usted, señora? ¿O usted, caballero? No tengan miedo. No les costará nada...

En los segundos que siguieron nadie abrió la boca, pero el muchacho no se inquietó: siempre sucedía lo mismo. Había que aguantar con paciencia y una amplia sonrisa hasta que alguien se decidiera a participar, sin respirar, sin mover un músculo. Al final, por romper el silencio, alguien aceptaba la invitación.

—¡Yo lo haré! —exclamó una voz grave un instante después.

Kyle, sonriendo con suficiencia, alargó el cuello y señaló al tipo barrigón que había hablado desde el fondo.

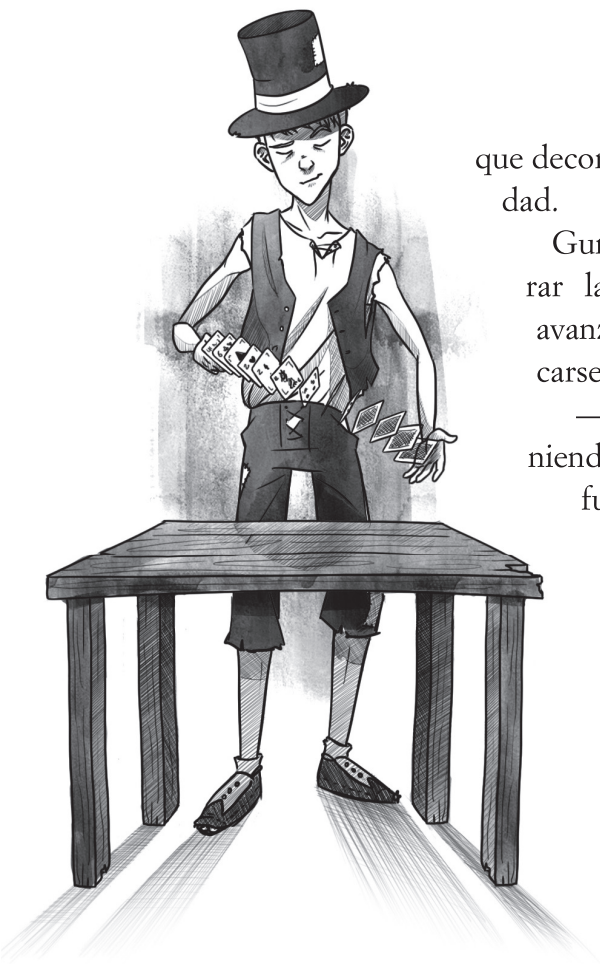
—Adelántese, por favor. ¡Démosle un fuerte aplauso!

Eran ya más de una docena los que se apiñaban, curiosos, en el estrecho callejón. Zapatos brillantes, zapatillas de tela y pies descalzos chapoteaban en los oscuros charcos que la tormenta de la noche había dejado en el adoquinado.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el chico.

—Edgard Darrell. De la floristería Darrell e hijos —añadió con un guiño rápido al público y una breve inclinación.

A continuación, sacó un pañuelo de su pulcra chaqueta marrón y se lo pasó por la frente sudorosa. Llevaba, además, una corbata a juego que seguía la perfecta curvatura de su enorme barriga. Kyle no pudo evitar imaginarse al hombre desayunando aquella mañana uno de los boliches de piedra



que decoraban las murallas de la ciudad.

Gunnir carraspeó para recuperar la atención del público y avanzó unos pasos hasta colocarse frente al caballero.

—Escoja una carta —dijo poniendo la voz tan grave como le fue posible, que no fue mucho, y extendió la baraja.

Edgard Darrel hizo lo que le pedían, estudió con detenimiento el naipe elegido y después lo pegó contra su pecho para que nadie más pudiera verlo.

—Ahora, señor Darrell —prosiguió Gunnir—, vuelva a dejarla dentro del mazo, donde quiera. Yo no miraré.

Chasqueó los dedos y Lavelle, que hasta ese momento había permanecido en una esquina sin moverse, se situó a la espalda de Gunnir y le colocó un pañuelo negro alrededor de los ojos.

Una vez la carta estuvo metida en el montón, el chico mago comenzó a barajar a toda velocidad. Los naipes volaban

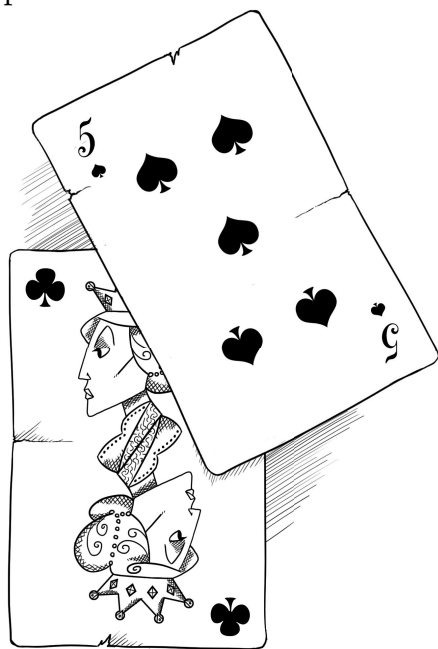
de una mano a otra cambiando de taco, mezclándose y girando como si estuvieran vivos. Pasados unos segundos, Gunnir se quitó la banda de los ojos y regresó a la mesa coja. Después, extendió con un ágil movimiento todo el mazo sobre la superficie.

El público se arremolinó a su alrededor sumamente interesado.

El muchacho se llevó los dedos a la frente y cerró los ojos, concentrado como si estuviera escuchando una melodía compuesta solo para sus oídos.

—Se está comunicando con los espíritus para que le susurren la respuesta —explicó Kyle a la audiencia en voz baja—. Se requiere un gran poder para ver con los ojos tapados...

Mientras hablaba, aprovechó para estudiar con algo más de detenimiento a su audiencia. Aunque se había colado algún chiquillo harapiento, parecía que esa vez habían logrado reunir a un considerable grupo de hombres y mujeres cuyas ropas indicaban una posición elevada. Si no surgía ningún imprevisto deberían poder sacarse un buen puñado de monedas antes de continuar hasta la siguiente parada, en la otra parte de la ciudad.





Al cabo, Gunnir alzó la mirada y separó las manos de la cabeza, como si hubiera tenido una revelación. Dio la vuelta a todas las cartas y dejó a la vista sus desgastadas ilustraciones.

—Los espíritus mueven mis manos —dijo, agitando los dedos sobre los naipes con dramatismo. Y cuando se volvió hacia el señor Darrell, añadió—: Ellos saben cuál es su carta.

Los brazos comenzaron a temblarle mientras bajaba las manos y acariciaba la baraja con las yemas de los dedos. Según pasaban los segundos, más fuertes se volvían los espasmos, más se agitaban sus extremidades, más energía parecía atravesarle el cuerpo... hasta detenerse sobre una carta, que levantó despacio. El público contuvo el aliento.

—Es esta —dijo con seguridad, mostrando un cinco de picas.

El caballero miró a ambos lados, se pasó el pañuelo por la frente una vez más y asintió, atónito.

—L... lo es —masculló. A continuación, en voz más alta, repitió—: ¡Lo es!

—¡Un fuerte aplauso para Gunnir el mago! —jaleó Kyle.

El público aplaudió encantado mientras Gunnir se quitaba la chistera y hacía varias reverencias.

Desde que, años atrás, se descubrió que el rey y la reina contaban entre sus cortesanos con un mago y una vidente, la fiebre por la magia se había disparado en toda Fortuna. Aunque la ley era clara respecto a la actuación de los circenses en las ciudades sin un permiso especial, eran muchos los que



arriesgaban su honor y su posición social para asistir a encuentros clandestinos y ver con sus propios ojos de lo que eran capaces estos humanos de incontables talentos.

Muchos de los que se hacían llamar circenses, como Gunnir, eran en el fondo farsantes que proclamaban tener algo más que manos rápidas y ojo atento, pero el resultado era el mismo: si querían actuar, debía ser siempre tras las paredes de una casa o, como en su caso, en los callejones más apartados.

Y es que, como Kyle bien sabía, muchos de los que a la luz del día criticaban y deshonoraban a los circenses, por la noche aprovechaban cualquier oportunidad para colarse en los tugurios de los barrios marginales para disfrutar del arte de bailarinas y contorsionistas en la más absoluta clandestinidad.

Antes de que los aplausos se apagasen, el muchacho alzó la voz y dijo:

—¡Si lo han disfrutado, no duden en demostrarlo echándonos algunas monedas! Es posible que los espíritus sigan rondando este callejón, y ya saben lo poco que les gustan los desagradecidos...

Kyle se sacó la boina y paseó entre la gente con una sonrisa suplicante. Pero como si de un encantamiento se tratara, el entusiasmo y el buen humor que habían reinado en el callejón se esfumaron, repelidos por la gorra. El mar de gente se fue abriendo a su paso entre miradas de desconfianza y morros arrugados.

—¿Y ella? ¿No sabe ningún chiste broma? —preguntó un tipo encorvado, señalando a Lavelle.





—Sí, eso, ¡que nos haga reír! —lo secundó una señora ataviada con camisa y falda a rayas y el pelo recogido en un moño alto.

Kyle regresó junto a su amiga, que ya estaba a punto de responder, y se interpuso entre ella y el público como un domador paciente.

—La actuación ha terminado, amigos. Quizá otro día...

—¡Vamos, muchacho, aparta y deja que haga alguna gracia! —insistió la mujer.

—Deben disculparnos, pero...

—¿Acaso no es una payasa? ¡Pues que actúe! —gruñó un hombre de tez oscura.

—Hace falta un poco de humor en los tiempos que corren... —añadió una dama regordeta, sin dejar de asentir con los ojos cerrados.

—Lo que hace falta en los tiempos que corren es ser menos egoístas... —musitó Lavelle, y se colocó delante de Kyle para añadir en voz alta—: ¿No han dejado ni una mísera moneda en la boina y aun así piden más?

—¡Cielos! —exclamó la mujer, y abrió su abanico con un golpe seco que reverberó por todo el callejón como un pistoletazo.

—¡Habrase visto! ¡Qué desfachatez!

—Lavelle... —masculló Kyle, acercándose a la chica por detrás.

—¡Nada de *Lavelle*! —le espetó ella, aún más enfadada—. Sabes que tengo razón. Y ellos también.



—Creo que deberíamos marcharnos —sugirió Gunnir, con el taburete y la mesa ya bajo los brazos.

—Y sí, *caballero*, soy una payasa —prosiguió la joven, ignorando a su amigo y dando un paso más al frente—, pero eso no quiere decir que deba estar contando chistes y lanzando agua de una margarita todo el día.

—Pero... ¿cómo osas? —masculló el hombre, indignado.

—Menuda insolencia, ¡qué oprobio! ¡Que alguien llame a la guardia!

—Por favor, calmémonos todos... —intervino el señor Darrell con tono conciliador. Después se volvió hacia Lavelle y le sonrió con delicadeza—. Vamos, niña, solo te están pidiendo una broma rápida, algo que nos haga olvidar por un instante este tiempo del demonio. A cambio te daré... —rebuscó en sus bolsillos y sacó tres monedas plateadas— estos rombos que llevo encima.

Gunnir y Kyle se miraron, preocupados. Lavelle se volvió, dubitativa, y ellos le suplicaron con la mirada que al menos lo intentara.

—¿Solo un chiste? —preguntó la jovencita, rebajando el tono.

—Uno nada más —le aseguró el gordinflón mientras acariciaba las monedas con una mano y le dedicaba una sonrisa alentadora.

Ella se llevó el dedo índice a los labios y se dio unos golpecitos mientras pensaba.

—Bueno, me sé el de un hombre tan bajito que... que,



bueno, cuando iba por la calle, para hacer recados y esas cosas, como no quería que lo pisaran porque era muy pequeño... y, claro, nadie lo veía... —Con cada palabra, Lavelle se sonrojaba más y más, y su voz se iba volviendo más fina—. Pues este hombre..., cuando llovía..., pues, sí, cuando llovía, como era tan bajito, era el último en descubrir que...

—¡Por todos los cielos, me divierto más con el almendro de mi jardín! —exclamó alguien, suscitando carcajadas.

—¡Dejadla en paz! —exclamó Kyle con el dedo índice en alto, amenazador—. El espectáculo ha concluido. Les habíamos prometido un truco de magia y lo han tenido.

—¡Esperamos verlos otra vez pronto! —añadió Gunnir con voz cantarina. Y fue a darse la vuelta para marcharse cuando un bastón le cortó el paso.

—¿Qué se supone que está ocurriendo aquí?

Los tres niños alzaron la mirada y se encontraron con uno de los alguaciles de la ciudad. Iba vestido con el traje negro reglamentario, el casco del mismo color y la porra en la mano. Los botones del pecho relucían como si les hubiera sacado brillo esa misma mañana.

Gunnir se apartó con un nudo en la garganta y el miedo dibujado en las pupilas.

—Nada, agente —le aseguró Kyle, componiendo su mejor sonrisa. Después agarró de la mano a Lavelle y dio un paso hacia atrás—. Nos habíamos perdido, pero ya nos íbamos a...

—¿Estabais... *actuando*? —lo interrumpió el hombre, asqueado ante la propia palabra.



—¿Qué? ¡No! —mintió él, haciendo un ademán con la mano—. No se nos ocurriría...

—¡Claro que lo estaban haciendo! —intervino la señora del abanico—. Y si me lo permite, le diré que han estafado a ese pobre hombre. —Señaló al señor Darrell.

—¿Es eso cierto? Está prohibido por ley actuar en la calle. Me temo que tendréis que acompañarme a comisaría. Desde allí llamaremos a vuestros padres y tendréis que...

—¡Madre mía! —exclamó Kyle en ese instante, señalando a la espalda del alguacil, al fondo del callejón, al edificio de ladrillos más alto que había en las inmediaciones—. ¡Se va a tirar! ¡Que alguien haga algo!

En cuanto todos, el policía incluido, se volvieron para ver a qué se refería, los chicos, a un gesto de Kyle, se escabulleron entre la gente y salieron corriendo sin mirar atrás. A mitad de camino, Gunnir tiró el taburete y la mesa para avanzar más deprisa.

—¡Eh, vosotros! ¡Volved aquí! —gritó el agente. Sacó del bolsillo de su chaqueta un silbato y sopló repetidas veces antes de echar a correr tras ellos—. ¡Deteneos!

Los tres chicos atravesaron el callejón y torcieron en la primera bocacalle que encontraron.

Cadalso era una ciudad inmensa, tan atestada de gente que incluso en los barrios más alejados se originaban terribles atascos de carros y jinetes de los que solo se podía escapar a pie.

Cualquier fortuniense soñaba con poder vivir alguna vez



en la capital y trabajar en las fábricas inauguradas en los últimos años, abrir sus propios negocios u ofrecer a sus hijos la educación que ellos no habían podido recibir en las pocas escuelas y universidades que había en el país.

La industria del ferrocarril era la insignia del progreso y cada semana había nuevas noticias sobre la red de vías que, a velocidades insospechadas, comenzaba a cambiar el pensamiento y la geografía de Fortuna. Todo el mundo quería formar parte de la historia, todo el mundo quería contemplar con sus ojos aquellos dragones de hierro que atravesaban bosques y desiertos y acercaban la civilización a lugares insospechados.

Los chicos desembocaron en una calle en la que mercados afanosos, aristócratas de bigotes prominentes, banqueros trajeados con sombreros de copa y mujeres de engalanados vestidos charlaban o examinaban las artesanías de las tiendas. Los comercios se anunciaban con letras grandes y brillantes sobre las recargadas fachadas, entre los aguilones de los tejados y los dinteles y alféizares de las ventanas.

—¿Adónde vamos? —preguntó Gunnir sin dejar de avanzar entre la gente a base de empujones y disculpas.

—Tenemos que alejarnos de esta zona —respondió Kyle tras esquivar a una señora que paseaba un carrito de bebé.

—¿Al orfanato? —sugirió el mago.

—¡Claro que no! —intervino Lavelle—. Como llevemos a la policía hasta allí, la señora Windger nos dejará encerrados en nuestras habitaciones hasta que nos salgan arrugas.

Llegaron a una plazoleta más tranquila y se detuvieron a





recuperar el aire. Un corrillo de mujeres que rondaba por allí con sus sombrillas de mano los miró con curiosidad y desagrado.

Gunnir bebió un trago de agua de la fuente y apoyó las manos en las rodillas.

—¿Entonces...?

—Habrá que darle esquinazo —respondió Kyle, apoyado en una farola.

—Creo que ya lo hemos conseguido... —dijo Lavelle al no ver a nadie a su espalda, e iba a soltar una carcajada cuando oyeron unos pasos acelerados.

Un alguacil diferente apareció en la plaza y, sin darles tiempo a reaccionar, se lanzó sobre ellos en cuanto los vio. Kyle trastabilló hacia atrás y, antes de que pudiera recuperar el equilibrio, el hombre lo agarró del brazo.

—Te tengo.

—¡No, no lo tienes! —exclamó Gunnir por detrás.

En un rápido movimiento, cogió una paloma que picoteaba despistada por el adoquinado y se la lanzó al alguacil sin perder tiempo. El animal, asustado, batió las alas en la cara del hombre hasta que este soltó a Kyle. En cuanto se vio libre, el muchacho se alejó a gatas hasta que logró ponerse en pie y seguir con la carrera junto a sus amigos.

—¡¿Y ahora?! —preguntó Lavelle.

—¡Por aquí! —decidió Kyle, y los guió hacia una empinada escalera que bajaron saltando los escalones de dos en dos.

—Por cierto... —le dijo Gunnir a Kyle tras llegar a una



nueva calle y cruzar unos soportales—. ¿A qué vino eso de «no se dejen engañar por su esmirriado aspecto»? ¿De verdad piensas que estoy esmirriado?

—¡¿Crees que este es el *mejor* momento para hablar de ello?!

—Bueno...

En estas, llegaron al mercado. Los carruajes, tirados algunos por caballos y otros por enormes caballantes de patas robustas y trompas adornadas con cascabeles, avanzaban lentamente por la calzada. Todos los tenderetes estaban abiertos y su mercancía brillaba por doquier. Las doncellas y las criadas de los grandes señores se paseaban de un lado a otro haciendo recados cargadas con cestas a rebosar. Como contraste, en algunos rincones oscuros, los mendigos suplicaban por una moneda o un trozo de pan.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lavelle, visiblemente asustada.

—Seguir corriendo —dijo Kyle—, no queda otra opción.

—Yo estoy agotado... ¡Y encima he tenido que tirar la silla y la mesa! —masculló Gunnir con el pelo revuelto y empapado en sudor.

Lavelle tampoco presentaba su mejor aspecto con el cabello multicolor alborotado y salvaje. El único de los tres que no sudaba era Kyle. Por el contrario, como siempre que se ponía nervioso o hacía un esfuerzo, las palmas de las manos se le habían cubierto de una finísima capa de polvo blanquecino que inexplicablemente parecía emanar de su propia





piel. Antes de que nadie lo viera, se restregó las manos en los pantalones para hacerlo desaparecer.

—¡Están allí! —Los tres se volvieron para descubrir a un joven guardia que los señalaba.

Sin decir una palabra, salieron disparados en dirección opuesta. Unos metros por delante se hallaba el cruce de caminos más concurrido de la ciudad. Si lograban atravesarlo, ganarían el tiempo que necesitaban para esconderse.

Los silbidos y los pasos de los guardias parecían provenir de todas direcciones. La calle cada vez estaba más concurrida y Kyle perdió de vista a sus dos amigos. Desorientado, siguió corriendo arrastrado por la marea de gente, de faldas con volantes y sacos de comida. Para cuando quiso darse cuenta, se encontraba en mitad del cruce.

—¡¡¡Kyle, cuidado!!!

El grito de Lavelle llegó un segundo tarde. El chico se volvió a tiempo de ver cómo un caballante y su carroza se abalanzaban sobre él. Asustado, actuó por instinto. Cerró los ojos, tomó impulso... y saltó.

El tiempo pareció ralentizarse. Los sonidos a su alrededor enmudecieron y por un instante creyó que no había podido evitar el golpe, que había perdido la conciencia, que estaba muerto.

Pero cuando abrió los ojos advirtió que la realidad era bien distinta: se encontraba en lo alto de una cornisa, a siete metros sobre el suelo y sin comprender cómo había llegado hasta allí.



Miró hacia abajo, controlando el vértigo y con el viento arremolinándole el cabello sobre la frente. A sus pies, el tráfico se había detenido y la gente lo observaba ananadada.

¿Había... *volado*? ¿Cómo?

Gunnir y Lavelle también miraban hacia arriba con la boca abierta, sin importarles ya los guardias. Kyle quiso

asegurarles que se encontraba bien, pero entonces sus ojos se cruzaron con los de una mujer que cargaba con un cesto lleno de hilos y retales y sintió que un miedo bien distinto lo paralizaba de pies a cabeza.

Se trataba de la estupefacta señora Windger.